

con la mayor prudencia el convenir el buen destino de los fondos con su conservación y aumento. Pertenece también á otras muchas Sociedades de las cuales era corresponsal. A todas ellas concurría regularmente, no por la coacción del que quiere cumplir con un deber, sino como solaz de las tareas más ó ménos ingratas que desempeñaba en el día, en cuya asistencia tenía un positivo placer, como muchas veces le oímos decir.

Algunas de las personas aquí presentes, recordarán que no há mucho todavía concurría á la sesión de la Academia de Medicina, ya minado por la fiebre, sintoma de la enfermedad que lo llevó al sepulcro.

Señores: en el horizonte científico aparecen astros luminosos, de los cuales, unos tan pronto lucen como se apagan, mientras otros, y á éstos pertenece el Sr. Hidalgo Carpio, llevan en pos de sí una cauda luminosa que subsiste después de su desaparición.

Vencido al fin por la enfermedad, tuvo que abandonar sus trabajos científicos, le fué preciso dar descanso á la materia que tan bien habia ayudado al espíritu en sus tareas. Dolorido en su parte física, y atribulado en la moral, pues conocia la enfermedad que le aquejaba y su fin próximo, al grado de haberlo previsto pocas horas ántes, murió con la entereza del justo, y descansó.

Nosotros todos, cuya irreparable pérdida deploramos, consolémonos siguiendo el consejo que los libros santos nos dan por boca del hijo de Sirach: *Modicum plora supra mortum, quoniam requievit.*

México, Junio 14 de 1879.

LÁZARO ORTEGA.



UNA costumbre tierna é imponente á la vez, nos reúne aquí para recordar, unos al amigo, otros al profesor, al maestro que habiendo seguido la órbita luminosa que recorre el sabio, ha ido por fin á hundirse en ese ocaso sombrío y misterioso que se llama la tumba.

Para honra de nuestra patria es necesario remarcar, que ya entre nosotros se ha arraigado un hábito que indica cuánto hemos progresado, de una manera lenta y segura, en las prácticas de la civilización.

Ya nuestros muertos ilustres no van á perderse al sepulcro entre un indiferente olvido, sin que se alcen en honra suya cánticos de gratitud.

Ya, para sus contemporáneos, no se pierde su memoria como se pierden las hojas agostadas del árbol, que arrebatan los vientos helados del invierno.

Hoy, Señores, cuando uno de nuestros sabios es herido por la muerte, venimos conmovidos y llenos de un solemne respeto, formando de su vida un

juicio póstumo, evocando sus recuerdos y sus virtudes; venimos, repito, á narrar sus triunfos en el estadio de la ciencia, y darle nuestra postrer despedida colocando sobre su frente el lauro de la inmortalidad.

Hidalgo Carpio pertenece á esos hombres que por su talento, su laboriosidad y su intachable honradez, son el lustre de la patria. México lo coloca entre aquellos de sus hijos de quienes se enorgullece con razon.

Fué uno de esos infatigables obreros del saber, que han puesto para nuestra juventud, los cimientos sobre los que se levantará el grandioso edificio de la ciencia médica nacional.

Su nombre pertenece á una familia que es honra de la literatura mexicana, desde que Carpio, el gran poeta religioso, alzó su estro tiernísimo más alto que los poetas clásicos de la antigüedad.

Consagrando su vida entera al estudio, Luis Hidalgo Carpio se distinguió, no solo por su asiduidad, sino por el éxito que alcanzó en sus investigaciones científicas. Fué uno de esos distinguidos profesores que lograron hacer de la Escuela de Medicina de México el plantel más perfecto y adelantado del continente americano.

Su ciencia favorita, la cirugía, demuestra cuán inclinado era su ánimo á tocar la verdad, y llegar á la práctica huyendo las teorías especulativas.

Delante del cadáver buscaba con el escalpelo el modo de curar las dolencias. Y la cirugía en nuestra patria, tiene que aclamarle como uno de sus iniciadores.

Juntamente con Vértiz, y Muñoz, y Ortega, emprendió el camino que tan brillantemente han seguido Lavista, Licéaga, Domínguez, Andrade y Carmona y Valle.

La Medicina legal fué tambien objeto de sus desvelos, y con tal éxito, que legó á México un libro, fruto de sus conocimientos, precioso manantial en donde nuestros médicos beben las doctrinas de la ciencia, que, ligándose con el derecho, resuelven las cuestiones que hacen resplandecer la verdad ante los ojos siempre velados de la justicia.

Yo, profano en esos ramos del saber, no puedo seguir á Hidalgo Carpio en la corriente de sus hermosos estudios: solo me toca rendirle un homenaje en nombre de la Facultad de Farmacia, que admira sus observaciones en Medicina legal.

La Toxicología, la ciencia de los venenos como la llama Orfila, no ha perdido su importancia á pesar de los progresos de la ciencia jurídica y de la rectitud de la conciencia humana.

El estudio de la intoxicacion se liga tanto con los medios que tiene el arte para combatir los accidentes patológicos, cuanto con los procedimientos químicos para descubrir la naturaleza del veneno y las alteraciones que ha producido en el organismo.

Y ese campo sembrado de obstáculos y dudas fué el que recorrió el sabio profesor mexicano con la firme planta de los Lecaze, los Fuquet, Orfila y Devergie.

Honra eterna para el modesto profesor mexicano que vino tambien á enseñar al médico el camino que debe seguir para resolver las cuestiones que afectan su conciencia, su honra y el honor profesional.

Señores: nada más justo que los elogios que se escuchan en este recinto en memoria del que *ya no es*.

Nada más merecido que esta ovacion que no me atrevo á llamar fúnebre, porque el sabio no muere, no acaba, no se pierde en el caos de la nada y del olvido. Su memoria vive siempre entre las ráfagas de la inmortalidad.

Y sin embargo, cuando no podemos contemplar aquella frente veneranda, tostada por la lámpara del estudio, inclinada al suelo por una constante meditacion: cuando no podemos estrechar aquella mano tan leal y tan querida, nos irrita la idea de la muerte.

¿Qué quiere la impaciente, la insaciable?

¿Por qué llevarse al sabio, cuando la nieve de los años no cubria aún su cabeza pensadora?

¿Por qué parar los latidos de ese corazon tan leal y tan recto, y no dejarlo latir para sus hijos, y para sus amigos, y para la humanidad?

Pero ya no existe. Paz á su memoria, y que la ciencia lo coloque entre sus hijos predilectos, y entre los hombres que dan lustre al suelo que los vió nacer.

México, Junio 14 de 1879.

FRANCISCO PATIÑO.



NADA hay más noble, más tierno, ni más conmovedor, que tributar un homenaje de gratitud á los hombres eminentes, que al ver el término de su dolorosa peregrinacion sobre la tierra, reclinan tranquilos su frente pensadora en el ocaso de la vida, dejando en pos de sus huellas un rastro de luz, como el que en las nubes deja el sol esplendoroso al ocultarse entre las tristes sombras de Occidente.

Costumbre ha sido de todos los pueblos, desde la antigüedad más remota, bendecir el nombre y la memoria de los hombres que, elevándose por su virtud y por su ciencia, han dejado en pos de sí el amor y las bendiciones de los desdichados y el respeto y la admiracion de las almas nobles y generosas que han